

Gibbon y Guizot: razones de una filiación compleja

Gibbon and Guizot: reasons for a complex affiliation

Joan Josep Adrià i Montolío¹

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-2401-598X>

Recibido: 21-04-2022

Aceptado: 06-05-2022

Resumen

Guizot aprendió el oficio de historiador preparando con su esposa, Pauline de Meulan, una edición crítica en francés de *Decline and Fall* de Gibbon. Las personalidades históricas de Gibbon y Guizot fueron muy distintas. También sus respectivos “estilos de historia”. Pero en las obras de Guizot, en especial en su *Historia de la civilización en Europa*, es reconocible el legado de Gibbon. Así, en la eliminación de la barrera entre historia civil y historia religiosa, en la amplitud temática, en la ambición cronológica y en una idea de Europa concebida como algo más que la suma de sus partes. Asimismo en la adopción de la misma palabra civilización y en el hecho de que la interpretación guizotiana de la historia europea hunda sus raíces en tres factores presentes en Gibbon: lo que sobrevivió de las instituciones romanas, el impacto del cristianismo y el aporte germánico.

Palabras-clave: Gibbon, Guizot, historiografía, civilización, legado.

¹ (joanjadria@gmail.com). Joan J. Adrià i Montolío es licenciado (1983) y doctor (1990) en Geografía e Historia por la Universidad de Valencia. Durante treinta y cinco cursos, hasta su jubilación, ha ejercido como profesor de enseñanza secundaria. Su actividad investigadora se ha centrado sobre todo en el período del primer franquismo, sobre el que ha publicado numerosos trabajos en revistas especializadas y obras colectivas. Cabe destacar su participación en el proyecto de investigación realizado en el Departamento de Historia Contemporánea de la citada universidad que culminó en el libro dirigido por Ismael Saz y Alberto Gómez Roda, *El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la posguerra*, Valencia, 1999. Asimismo, en el libro coescrito con Josep M. Jordán y Ramiro Reig, *L'atzarosa vida d'Enrique Blat. Un empresari republicà del Camp de Túria (1879-1951)*, Universitat de València, 2004; y en el coescrito con Amparo Castillo, *La fàbrica dels sacs de Ríos: una industria del passat lliurà (1929-1974)*, Ajuntament de Llíria, 2019. En los últimos años se ha interesado por la historiografía liberal del siglo XIX en España y en Francia, tema sobre el que ha publicado tres artículos en *La torre del Virrey. Revista de Estudios Culturales*: ‘La civilización doctrinaria: Guizot y la civilización europea (Primera parte)’, núm. 16 (2014); ‘La civilización doctrinaria: Guizot y la civilización europea (Segunda parte: su influjo en la España isabelina)’, núm. 18 (2015); y ‘Nacer aristócrata, cruzar el Océano, pensar la democracia... A propósito de un par de publicaciones recientes sobre Alexis de Tocqueville’, núm. 21 (2017).

Abstract

Guizot learned his trade as a historian by preparing with his wife, Pauline de Meulan, a critical edition in French of Gibbon's *Decline and Fall*. The historical personalities of Gibbon and Guizot were very different. So were their respective "styles of history". But in Guizot's works, especially in his *History of Civilisation in Europe*, Gibbon's legacy is recognisable. Thus, in the elimination of the barrier between civil and religious history, in the thematic breadth, in the chronological ambition and in an idea of Europe conceived as more than the sum of its parts. Also in the adoption of the very word civilisation and in the fact that the Guizot's interpretation of European history is rooted in three factors present in Gibbon: what survived of Roman institutions, the impact of Christianity and the Germanic contribution.

Keywords: Gibbon, Guizot, historiography, civilisation, legacy.

Corría el mes de octubre de 1808, con Napoleón Bonaparte en el cenit de su poder, cuando el librero parisino Maradan contrató a un jovencísimo François Guizot –cumplió 21 años aquel mismo mes– y a una menos joven Pauline de Meulan –que en noviembre iba a llegar a los 35– para preparar una nueva edición en francés de *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, de Edward Gibbon². El equipo formado por ambos cumplió el encargo de modo competente y coordinado: ella se ocupó de revisar la traducción y él redactó, además de un prefacio y una noticia sobre la vida y la obra del autor inglés, un conjunto de notas que pretendían sobre todo –pero no solo– contrarrestar lo que se entendía como “errores” de Gibbon respecto al papel de la propagación del cristianismo en la ruina del Imperio romano. Lo que acabó por ser una influyente edición crítica salió a la venta en 1812, el mismo año en que François y Pauline contraían matrimonio.

“El Gibbon de Guizot”, o mejor, “el Gibbon de los Guizot” alcanzó una enorme notoriedad en Francia y más allá, siendo reeditado en 1819 y en 1828 en París y en múltiples ocasiones después hasta llegar a nuestros días. Además, gran parte de las notas de Guizot sacadas de la versión de 1828 se incluyó en la edición inglesa realizada bajo el cuidado del reverendo Henry Hart Milman, la más relevante en su lengua original del libro de Gibbon publicada en el tercio central del siglo XIX y varias veces reeditada³. Las notas guizotianas, junto a las que redactó el propio Milman para corregir más aún el trato dado

² L. Theis, ‘François Guizot et ses éditeurs’, *Bulletin de la Société de l’Histoire du Protestantisme Français* 159 (2013), p. 659.

³ El editor fue John Murray, de Londres. Comprendía doce volúmenes que fueron impresos por primera vez entre 1838 y 1839.

por Gibbon al cristianismo, llegaron a la primera traducción de la obra que se hizo al castellano, la realizada por José Mor de Fuentes, que fue publicada en Barcelona a partir de 1842⁴ y reeditada posteriormente.

Por lo demás, los casi cuatro años que Guizot empleó en anotar el libro de Gibbon, y que simultaneó con otras ocupaciones, sirvieron para que aprendiera en la práctica el oficio de historiador, una vocación que se vio definitivamente decidida ese mismo 1812, cuando, tras el pertinente tráfico de influencias, ocupó la primera cátedra de historia moderna que se creó en la Facultad de Letras de París. Desde entonces, y a lo largo de una dilatada vida (murió cuando le faltaba poco para cumplir los 87 años), su contribución al conocimiento de la historia se concretó en un importante conjunto de obras, entre las que destaca la celeberrima *Histoire générale de la civilisation en Europe depuis la chute de l'Empire romain jusqu'à la Révolution française* de 1828, el libro que tanto influyó en la historiografía de su época e incluso en la concepción de la historia como lucha de clases de Karl Marx⁵.

J. G. A. Pocock, otro historiador longevo, ya señaló hace un par de décadas que el modo como Guizot pensó la historia europea era muy deudora de Gibbon, aunque “sus personalidades históricas eran profundamente diferentes”⁶. Estamos por completo de acuerdo. Sin embargo, y como sabía de sobra Pocock, Guizot se distanció en partes sustanciales de la concepción histórica de Gibbon y uno y otro, pese a sus disparidades biográficas y sus distintos “estilos de historia”, miraron al pasado desde atalayas localizadas en las inquietudes de sus respectivos presentes. La pertinencia de ilustrar y complejizar el doble aserto de Pocock es, por tanto, lo que está en el origen de nuestro escrito. ¿Cómo influyó en Guizot la obra de Gibbon? ¿Qué tomó de él y en qué se distanció? ¿Podemos ilustrar la diferencia entre sus “personalidades históricas”?

1. Dos hombres y dos destinos

Lo más cómodo es comenzar con la última cuestión y contrastar la disparidad de temperamentos, estilos y objetivos vitales de uno y otro. Gibbon, nacido en 1737, era el vástago de una adinerada familia inglesa, con lo que

⁴ Constaba de ocho volúmenes, el último de los cuales vio la luz en 1847.

⁵ La obra recoge la transcripción de las lecciones del “curso de historia moderna” que Guizot impartió ese año en la Facultad de Letras de París. Ver al respecto J. J. Adrià i Montolio, ‘La civilización doctrinaria: Guizot y la historia europea (primera parte)’, *La Torre del Virrey. Revista de Estudios Culturales* 16 (2014) pp. 87-109, y ‘La civilización doctrinaria: Guizot y la historia europea (segunda parte: su influjo en la España isabelina)’, *La Torre del Virrey. Revista de Estudios Culturales* 18 (2015), <https://revista.latorredelvirrey.es/LTV/article/view/311>.

⁶ J. G. A. Pocock, *Barbarism and Religion. Volume One. The Enlightenment of Edward Gibbon, 1737-1764*, Cambridge University Press, 2004, p. 51.

su mundo fue el de las pelucas, las casacas, los calzones cortos, las medias de seda y un capital social que se recibía ya en la cuna. Aunque la relación con su padre no fue plácida, y pese a que en su vida experimentó altibajos económicos, viajó por el continente europeo, pudo permitirse residir largos períodos fuera de Gran Bretaña y se relacionó con algunas de las figuras de la vida intelectual de su tiempo, con su amigo Adam Smith a la cabeza. Escéptico en materia de religión (nacido anglicano, llegó a convertirse en católico para disgusto paterno y a volverse atrás, acabando por ser un descreído), no dudó en escribir eruditas páginas sobre el papel del cristianismo en la decadencia de Roma que acertaron a herir la sensibilidad tanto de católicos como de protestantes. Pero, por múltiples motivos, llevar una crítica de naturaleza ilustrada hasta terreno tan resbaladizo, y con mucho éxito de crítica y público pese al escándalo de teólogos y almas piadosas, difícilmente estaba al alcance de estudiosos que no tuvieran un origen social y geográfico como el suyo. Y que no dominaran como él los instrumentos de la erudición y el arte de la literatura. Por lo demás, llevó la vida de un investigador empedernido que apenas destacó en otra cosa que no fueran sus escritos y que incluso pasó por la política británica como una especie de invitado mudo (llegó a sentarse como diputado en el Parlamento durante ocho años sin adquirir ninguna relevancia). Soltero y sin descendencia, si no hubiera escrito y publicado el extraordinario libro que le procuró fortuna y gloria, nadie habría hablado de él cuando hubiera muerto⁷.

Guizot, por el contrario, fue un prohombre de la burguesía francesa que hubo de ganarse la posición social por el talento (sin duda lo tenía), pero también por el *savoir faire* a la hora de hallar protectores, ganar amistades y construir su propia red de relaciones públicas y privadas. Nacido en 1787 –medio siglo exacto después de Gibbon– en el seno de una familia protestante de Nimes, privado de padre en plena infancia por obra y gracia de los avatares revolucionarios (su progenitor murió ejecutado durante el Terror por simpatizar con los girondinos), el joven Guizot fue educado en Ginebra en un ambiente presidido por el cristianismo reformado y acogido después en los círculos intelectuales parisinos gracias a la protección brindada por Jean-Baptiste Suard (un superviviente de la Ilustración muy bien adaptado a la atmósfera del Imperio napoleónico) y a su relación, resuelta en matrimonio, con la brillante escritora Pauline de Meulan. Su mundo fue el de los sombreros de copa, los fracs y los pantalones estrechos. Hombre poco codicioso, alérgico a las frivolidades y cabeza visible del partido que se identificó con el “justo medio” entre los partidarios de la reacción y los

⁷ Una aproximación al historiador inglés que sigue siendo digna de lectura es el Prólogo de Jorge Luis Borges a un libro compilatorio de textos de y sobre Gibbon titulado *Páginas de historia y autobiografía*, publicado en Buenos Aires en 1961. Ese escrito ha sido recogido en otras publicaciones borgianas posteriores y está disponible on-line en http://www.saltana.org/1/tsr/55.html#_YdGcBFmCG3B. Véanse ahora las traducciones del juvenil *Ensayo sobre el estudio de la literatura* (ed. de A. Lastra, Ediciones del subsuelo, Barcelona, 2022) y de las *Memorias de mi vida* (ed. de A. Lastra, Cátedra, Madrid, 2022).

defensores de los avances democráticos, en su personalidad se fundieron el historiador brillante, el teórico del “liberalismo doctrinario”, el cristiano calvinista y el político puro y duro. De hecho, entre 1814 y 1848, y con creciente visibilidad (e impopularidad), llegó a ser uno de los protagonistas más sobresalientes de la política del período, aspirando a fundar un orden institucional que clausurara la revolución iniciada en 1789. Así, y más allá de su condición de figura relevante de la historiografía decimonónica, se le recuerda por su decisiva aportación a la creación del sistema público educativo francés. También, no lo olvidemos, porque su nombre aparece citado en el famoso párrafo inicial del *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels como uno de participantes en la “santa cruzada” –los otros son el Papa, el zar, Metternich, los radicales franceses y los policías alemanes– reunida por las fuerzas de la vieja Europa contra “el fantasma del comunismo”⁸. Y, sobre todo, por presidir el Consejo de Ministros francés contra el que se desencadenó la revolución de 1848, que no solo expulsó del poder a Guizot y a su gobierno, sino que incluso derribó la monarquía de Luis Felipe de Orleans e instauró por segunda vez un régimen republicano en Francia⁹.

Volviendo a Gibbon, Pocock lo describió acertadamente como un miembro insatisfecho “de las élites privilegiadas de su cultura”¹⁰ y E. H. Carr lo consideró “el mayor de los historiadores de la Ilustración”¹¹. La elección del tema que le haría famoso se debió, según relató él mismo, a una especie de súbita iluminación recibida en un marco idóneo para evocar el pasado. La experiencia, pese a estar narrada por Gibbon en tres versiones ligeramente diferentes, es de sobra conocida. “Fue el quince de octubre, al atardecer, cuando me senté a meditar en el Capitolio, mientras los frailes descalzos cantaban sus letanías en el Templo de Júpiter, cuando concebí el primer pensamiento de mi historia”¹². Sin duda podemos leer el pasaje como la descripción de un momento casi místico en que se produce la unión entre un estudioso en busca de un quehacer y el pasado de una ciudad. Un momento, sin embargo, que sabemos que estaba preparado por querencias anteriores.

El acercamiento a la historia de Gibbon fue la de un estudioso necesitado de estímulo intelectual y entretenimiento –no confundir con evasión–

⁸ Cito según la quinta edición del texto en castellano en El Viejo Topo, Barcelona, 2005, p. 23.

⁹ Entre los libros recientes sobre Guizot destacan G. de Broglie, *Guizot*, Perrin, París, 1990; L. Theis, *François Guizot*, Perrin, París, 2019, y A. Coco, *François Guizot*, GuidaEditori, Nápoles, 1983. Los tres, así como el libro de P. Rosanvallon, *El momento Guizot*, trad. de H. M. Díaz, Biblos, Buenos Aires, 2015 (el original francés es de 1985) beben de dos obras muy anteriores que asentaron el tratamiento historiográfico moderno sobre Guizot, debidas a C.-H. Pouthas, *La jeunesse de Guizot (1787-1814)*, Félix Alcan, París, 1936, y *Guizot pendant la Restauration*, Plon, París, 1923.

¹⁰ J. G. A. Pocock, *Pensamiento político e historia*, trad. de S. Chaparro Martínez, Akal, Madrid, 2011, p. 257 de la edición electrónica.

¹¹ E. H. Carr, *¿Qué es la historia?*, trad. de J. Romero Maura, Seix-Barral, Barcelona, 1978⁸, p. 149.

¹² *Memorias de mi vida*, p. 272. Véase J. A. Delgado Delgado, ‘Leer a Gibbon. El texto de *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*’, en *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie II, Historia Antigua, 25 (2012), pp. 469-470.

y movido por la curiosidad, puerta de acceso al conocimiento, y la del enamorado por un tema. Entre Roma y él, escribió François Furet, “existe el mismo lazo que unía a la Antigüedad a los intelectuales europeos del Renacimiento: una historia de amor”¹³. Como historiador acertó a efectuar la fusión entre el probo erudito que reúne todas las fuentes a su alcance sobre un tema que le fascina, y el sagaz literato de la Ilustración, capacitado para unir en un gran relato el sentido crítico con las preocupaciones que asociamos a los filósofos. Y es esa síntesis entre la erudición clásica depurada desde “los primeros humanistas hasta los benedictinos de San Mauro y sus émulos” (Gibbon trabajaba sobre compilaciones modernas de fuentes antiguas), y “el sentido de los grandes problemas humanos vistos desde arriba y ampliamente” que pudo desarrollar leyendo a los filósofos de su tiempo, con Voltaire a la cabeza, lo que hace valiosa su obra¹⁴. Lo que no significa que su escritura de la historia esté libre de las marcas de su tiempo. ¿No hay que ver en el interés de Gibbon por el declive de Roma también la traslación –y el desasosiego– de lo que se podía entender como decadencia británica a la luz de la guerra de independencia americana? ¿No se entrevé en su narración de las cuitas políticas de emperadores y otros sujetos de tantos siglos atrás una aguda preocupación por las fuertes tensiones que se daban, tanto en Inglaterra como en Europa en general, más allá de las paredes de su gabinete? ¿No podía ver aparecer la civilización dieciochesca nuevas amenazas bárbaras? ¿No “podemos inquirir ansiosamente”, se preguntaba, “si está todavía amagando á la Europa una repetición de aquellas desventuras que aniquilaron las armas é instituciones de Europa”¹⁵? El ilustrado inglés, hay que remarcarlo, era aún un adepto de la concepción de la *historia magistra vitae* de raíz ciceroniana.

Patricio Pron ha destacado, por cierto, como la propia época de Gibbon “se entromete” por doquier en su historia del Imperio Romano¹⁶. El autor argentino ofrece al respecto algunos ejemplos muy bien traídos. Uno, cuando Gibbon dice que “la posesión y el disfrute de la propiedad son las garantías que convierten a un pueblo civilizado en un país de provecho” (un dogma de fe del individualismo posesivo). Otro, cuando asevera que “la relación entre el trono y el altar es tan íntima que pocas veces la bandera de

¹³ F. Furet, ‘Civilization and Barbarism in Gibbon’s History’, en *Daedalus* 105/3 (1976), p. 210. Las traducciones, si no se dice lo contrario, son mías.

¹⁴ C. Samaran, *L’Histoire et ses méthodes*, Gallimard, París, 1961, p. 27.

¹⁵ Para todas las citas literales de la *Declinación y caída* Gibbon utilizamos la ya mencionada traducción de José Mor de Fuentes, sin modernizar su ortografía. Fue publicada con el título de *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano* en ocho tomos entre 1842 y 1847, los primeros por la imprenta de Antonio Bergnes, y los últimos por la de Juan Oliveres. Esta cita procede del vol. 4, p. 404.

¹⁶ P. Pron, ‘Las situaciones (III): Decadencia y caída del Imperio Romano, de Edward Gibbon’, en *El malpensante*, 216 (marzo 2020). Accesible en <https://elmalpensante.com/edicion/216>.

la Iglesia ha sido vista del lado del pueblo” (una frase que podríamos poner en la boca de cualquier anticlerical del mundo de entonces y después). Un tercero, cuando asegura que “de los primeros quince emperadores Claudio fue el único cuyas aficiones amorosas eran totalmente correctas” (desde el punto de vista de un caballero heterosexual del siglo XVIII, por supuesto). Y uno más cuando sostiene que Hispania “floreció como provincia y decayó como reino” (la “decadencia española” era un tópico ilustrado). Pero no cabe duda que podrían aducirse muchos otros si dispusiésemos de más espacio y tiempo¹⁷.

Guizot, por su parte, usó la historia como una valiosa arma de combate en las trincheras de la actividad y las ideas políticas. Como señaló Rosanvallon, fue un “historiador y publicista de talento” que estuvo “durante cerca de treinta años en el primer plano de la escena política” francesa¹⁸. Y ambos aspectos, como en un Jano bifronte, no pueden desvincularse. Las obras de historia de Guizot no son las de un literato más o menos alejado de las luchas e inquietudes cotidianas por y sobre el poder que pretende abrir claros en la oscuridad, sino la de un competente profesor metido en política que suministra argumentos a su causa: la de un “liberalismo a la defensiva, de consolidación y no de derribo”, convencido, como ha escrito Manuel Carbajosa, de que “el orden es la condición previa de la libertad”¹⁹.

En el pasado Guizot no busca enseñanzas, sino antecedentes. Los temas a tratar se eligen por la relevancia y utilidad que pueden alcanzar en el presente. Y ello vale tanto para las cuestiones que aborda en sus influyentes cursos en la Sorbona –la historia del gobierno representativo, la de la civilización en Europa, la de la civilización en Francia– como para sus libros sobre la revolución inglesa del siglo XVII, proceso que se resolvió en ajustes institucionales que abrieron paso a una estabilidad que admiraba y envidiaba desde el otro lado del Canal de la Mancha. En el trasfondo de la motivación de sus obras no se escucha un coro de apacibles monjes en la melancólica tarde de Roma, sino el rugido violento de los tumultos populares de París y la música de salón de la aristocracia nostálgica de Versalles, ambos sonidos igualmente percibidos como seria amenaza. Si tomamos prestadas unas famosas palabras de Marx, cabe afirmar que Guizot no se limitaba a interpretar el mundo, sino que quería cambiarlo. A su manera, es decir, de acuerdo con sus convicciones y al servicio de una burguesía que temía y desdeñaba a las masas populares. Particularmente agudo estuvo Rosanvallon cuando lo calificó del “Gramsci de la burguesía”²⁰.

¹⁷ Todos los ejemplos se citan según Pron.

¹⁸ P. Rosanvallon, *El momento Guizot*, p. 25.

¹⁹ M. Carbajosa Aguilera, ‘La libertad según Guizot’, *Historia Constitucional* 21 (2020). Disponible en <http://www.historiaconstitucional.com>, p. 556.

²⁰ ‘Le Gramsci de la bourgeoisie’ es el título que dio Rosanvallon al prólogo que escribió para una reedición moderna de la guizotiana *Histoire de la civilisation en Europe*, Hachette, París, 1985.

2. Estilos de historia

Tampoco se parecen los escritos de Gibbon y de Guizot como productos literarios. Es un lugar común referirse a la buena prosa inglesa de Gibbon, aunque en unas épocas haya sido más apreciado que en otras. Los lectores de su tiempo devoraron su libro en buena parte por la calidad de una escritura en la que cada palabra ha sido elegida con sumo cuidado. Lord Sheffield, el albacea de Gibbon, calificó su estilo de “puro, elegante y preciso”²¹, una opinión que podría haber sido suscrita por muchos contemporáneos, más allá de lo que pensarán sobre el fondo de la obra y sobre su desmesurado volumen. En el siglo XIX hubo quien aguló el entusiasmo. Samuel Coleridge, el poeta, afirmó que “el estilo de Gibbon es detestable”. Y el crítico Sainte-Beuve sostuvo que “no tiene ímpetu ni brío, pero sí orden y método”²². No era raro calificarlo de pomposo. En el siglo XX las voces censoras recularon ante el mayor volumen de las surgidas de la admiración por la agudeza, la claridad y el vigor de su prosa. Anthony Burgess aseguró que en Gibbon “el estilo es lo que fascina”, de manera que “el tono elevado, el balance retórico de las frases, la falta de tentativas en las conclusiones gibbonianas parecen señalar a un hombre de mundo y no a un recluso adormilado”; se trata del “estilo prosístico de una época segura de sus convicciones”²³. Y Krzysztof Pomian lo incluyó en la corta lista de historiadores que, “haciendo gala de originalidad”, “han sabido alcanzar en algunas obras el equilibrio entre los aspectos cognitivo, filosófico y literario” que integran la disciplina histórica²⁴.

Es una opinión bastante extendida que lo que atrae de Gibbon es su magistral uso de la ironía, que es un guiño a la inteligencia del lector, al exigir su participación. Un uso que incluía el recurso al epigrama y a la anécdota mordaz a la vez que significativa. Algo que era propio de su tiempo (el cascabeleo de la risa de Voltaire resuena en nuestros oídos), pero que él aplicó quizá como nadie. Lytton Strachey habló hace casi cien años de que los críticos decimonónicos que lo juzgaron pomposo “no saboreaban la ironía que oculta la pompa”. Y que esa ironía, que era “el condimento de su obra”, era un arma que utilizaba con delicadeza: “su burla es distante, casi indiferente, y tal vez, a la larga, por esa misma causa, más eficaz”²⁵. Hayden White, más cerca de nosotros, ha destacado el hecho de que la narración de la decadencia y ruina de Roma “no es un relato trágico, sino más bien el máximo ejercicio de ironía prolongada en la historia de la literatura histórica”. La misma anécdota

²¹ Cit. en J. A. Delgado, ‘Leer a Gibbon’, p. 465.

²² Las opiniones de Coleridge y Saint-Beuve, en el mismo lugar que el prólogo ya citado de Borges, <http://www.saltana.org/1/tsr/55.html#.YdGcBFmCG3B>.

²³ A. Burgess, ‘Gibbon y los hunos’, en *Historias. Revista de la Dirección de Estudios Históricos* 20 (1988), pp. 3 y 5.

²⁴ K. Pomian, *Sobre la historia*, trad. de M. Martínez Solimán, Cátedra, Madrid, 2007, p. 82.

²⁵ La cita procede de la página web referida en las notas 7 y 22.

en la que Gibbon encerró el origen de su trabajo ya es prefiguración, según White, de esa actitud mordaz: lo que “lo inspiró a emprender su proyecto” fue precisamente “la ironía del espectáculo de unos monjes ignorantes celebrando sus ceremonias supersticiosas en la iglesia erigida” en el mismo lugar donde antaño hubo un templo pagano²⁶. Otro historiador prestigioso, Peter Gay, dedicó a Gibbon todo un capítulo de su *Style in History*, bajo el título ‘Gibbon: un cínico moderno entre los políticos antiguos’²⁷. Aunque quizá haya sido Borges quien mejor sintetizó el efecto que la mezcla de ironía y buen sentido propios de Gibbon tiene en el lector: “Recorrer el *Decline and Fall* es internarse y venturosamente perderse en una populosa novela, cuyos protagonistas son las generaciones humanas, cuyo teatro es el mundo, y cuyo enorme tiempo se mide por dinastías, por conquistas, por descubrimientos y por la mutación de lenguas y de ídolos”²⁸.

Frente a los atractivos de Gibbon, el estilo de Guizot se empequeñece, aunque su francés no sea precisamente malo ni pierda en las traducciones. Pero en sus obras la ironía escasea (y usar ese verbo ya es piadoso), lo que es un inconveniente a la hora de lograr la connivencia de cierto tipo de lectores. Quizá por eso no son raros los censores que han afeado la seriedad y la sequedad de su estilo, acusándolo de falta de grandeza, flexibilidad o gracia. Así, el historiador suizo Eduard Fueter lo acusó de caer “en una elocuencia académica de penosa pesadez”²⁹. Emilia Pardo Bazán lo tildó de “gris” y le recriminó escribir “con apagador, que ni pinta ni narra”³⁰. Marcelino Menéndez Pelayo, que por cierto tenía muy buena opinión de Guizot pese a su calvinismo, consideró que no era un gran historiador por “la fuerza de la fantasía adivinadora ni por la brillantez del colorido”, aunque sí “de las instituciones todavía más que de los hombres”, y un gran maestro “en deslindar las grandes ideas y las grandes instituciones dominantes en cada período, en estudiar las funciones del organismo social como estudia el fisiólogo las del organismo animal” (y para eso sobran epigramas y anécdotas), al tiempo que lo calificó de “seco y honrado hugonote”³¹. Pero el gran público, cabe añadir, prefiere las narraciones que recuerdan a la novela antes que los textos de los fisiólogos. Guizot se había formado como historiador editando a Gibbon, pero no pudo, supo o quiso heredar su estilo. Por lo demás, lo que algunos tuvieron por escritura desabrida se puede aparejar con la propia

²⁶ H. White, *Metahistoria*, trad. de S. Mastrangelo, FCE, México, 1992, p. 62.

²⁷ P. Gay, *Style in History*, McGraw-Hill, Nueva York, 1976, pp. 19-56.

²⁸ J. L. Borges, *Páginas de historia y autobiografía*.

²⁹ E. Fueter, *Historia de la historiografía moderna*, trad. de A. M. Ripullone, Nova, Buenos Aires, 1953, vol. II, p. 184.

³⁰ E. Pardo Bazán, *La literatura francesa moderna. I El romanticismo*, V. Prieto y compañía, Madrid, 1911², p. 270

³¹ M. Menéndez Pelayo, *Historia de las ideas estéticas*, tomo IX (Siglo XIX), Tipografía de La Revista de Archivos, Madrid, 1912², pp. 286-287, y ‘Dos palabras sobre el centenario de Balmes’, en *Ensayos de crítica filosófica*, Librería general de Victoriano Suárez, Madrid, 1918, p. 370.

personalidad de Guizot, que no debía ser hombre simpático. Ortega y Gasset, gran admirador de los doctrinarios y de su jefe de filas, lo comparó en uno de sus textos a Buster Keaton, “el hombre que no ríe”³². ¡Qué diferente del humor de Gibbon!

Sin embargo, habría que ser más cuidadosos al tratar el estilo de Guizot. Sus obras más influyentes no fueron concebidas como textos escritos, sino como lecciones que habían de impartirse oralmente ante un auditorio universitario. Y en ese caso el objetivo del orador es persuadir más que deleitar a una concurrencia con la que interactúa, lo que exige el empleo de una gestualidad que no recoge la imprenta y unos recursos retóricos específicos (como las reiteradas preguntas al auditorio que el propio profesor se responde) que hacen que los argumentos oscilen entre lo asertivo y lo apodíctico. Un ejemplo de esa forma de exponer, que gusta de las frases rotundas, extraído al azar: “Me limito a decir que cuando las cosas siguen sus leyes naturales, cuando la fuerza no se mezcla en ellas, el poder va a manos de los más capaces, de los mejores, de los que conducirán la sociedad a su meta”³³. Guizot era consciente de que esa oralidad, que no dejaba lugar a notas a pie de página, solo podía alcanzar sus objetivos si contaba con la fe del oyente. “He recorrido esta carrera”, dice en la última lección del curso sobre la *Historia de la civilización en Europa*, “sin poder decir todo lo importante que había en ella ni aportar pruebas de cuanto he dicho. He sido obligado a omitir mucho y, con frecuencia, a pedirnos que me creyeseis bajo mi palabra”³⁴.

Y no cabe duda que Guizot, con su lenguaje sobrio, docto, profesoral, sin epítetos rebuscados ni concesiones a la galería, muy analítico, razonador, conseguía que muchos lo creyeran. Su desarrollo expositivo avanzaba con un envidiable orden sistemático, como si fuera un avezado predicador en un púlpito. Y no se deslizaba hacia lo novelesco como tendían a hacer otros historiadores enfermos de romanticismo. Ni siquiera lo hacía en aquellas obras que sí que estaban concebidas como composiciones escritas y tenían un hálito más literario, más narrativo. Taine, el prestigioso historiador decimonónico, pudo alabar el estilo de Guizot porque permitía reunir los “hechos dispersos” en un “tejido continuo de sólidos razonamientos”, lo que valoraba como el gran aporte de Guizot a la historiografía. Por ello sostuvo que “este arte de agrupar los hechos y de obtener de ellos las ideas generales ha proporcionado al estilo un vigor sorprendente; ha producido fragmentos de una elocuencia admirable”. Georges Lefebvre, que fue quien reprodujo ese elogio, aseveró que esa era “la forma más elevada” de “escribir la historia”³⁵. Mientras que Braudel, el gran

³² J. Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1976, p. 44.

³³ F. Guizot, *Historia de la civilización en Europa*, trad. de F. Vela, Alianza, Madrid, 1972³, p. 117.

³⁴ F. Guizot, *Historia de la civilización en Europa*, pp. 328-329.

³⁵ G. Lefebvre, *El nacimiento de la historiografía moderna*, trad. de A. Méndez, Martínez Roca, Barcelona, 1974, p. 188.

historiador de *Annales*, alabó la amenidad de los libros de Guizot³⁶. Estoy con el maestro.

Pongamos el foco en la pesadez que le imputa Fueter, u optemos por los parabienes de Braudel y compañía, lo que cabe concluir es que el estilo prosístico de Guizot no es el de una época segura de sus convicciones, como decía Burgess del de Gibbon, sino la de un hombre seguro de sus convicciones. Gibbon cuidó su estilo literario con la intención de agradar, de encandilar; Guizot enfocó su oratoria a persuadir, a convencer. Además de ser el hombre que no ríe, pretende aparecérsenos como el hombre que no duda.

Hoy Gibbon sigue siendo un autor leído. Quizá no tanto como en el pasado, pero sus méritos literarios y el atractivo de su tema son en cierto modo intemporales. Guizot, en comparación, parece que apenas tiene lectores. Pese a ser uno de los historiadores más influyentes de su época, pese a que nadie le niegue un lugar importante en la historia de la historia (y en la historia a secas), y pese a que sus libros no se caen de las manos, el hecho de que las batallas que libraba mediante ellos sean ya agua pasada hay que convenir que tiende a alejarlo de un interés público extenso. Además, su inquina a la democracia nos chirría. Y su manera de abordar la historia dista de la que se cultiva en nuestro tiempo. Fuera de un círculo de iniciados (hay profesionales de la historia para casi todo), que no osaré calificar de estrecho, está prácticamente olvidado.

3. Un vínculo filial de admiración crítica y de deudas prácticas

Pero ¿solo podemos encontrar diferencias entre nuestros dos historiadores? ¿No estaban unidos por una especie de hilo umbilical al haberse iniciado Guizot en el oficio, como él mismo reconoció, mediante el trabajo realizado para editar a Gibbon? ¿No dejó eso ninguna huella en la obra ulterior del primero?

Anotar la obra de otro, prologarla o comentarla con detalle y por escrito establece siempre un lazo entre dos autores: el de la obra original y el que ejerce lo que no deja de ser una actividad crítica, de valoración y juicio. El lazo puede presentar diversos grados de intensidad y rigidez e incorporar sentimientos de antipatía o de simpatía. Si ambos autores están vivos no es extraño que los dedos puedan estrecharlo o aflojarlo desde los dos extremos, pero cuando uno es anterior a otro, y aquel está muerto, el vínculo es unidireccional. Solo el segundo recibe el influjo del primero, que puede concretarse de muy diversas maneras. Y si encontramos que esa influencia deja un poso nacido de la admiración, el lazo puede incluso ser semejante a una filiación. Que, claro

³⁶ F. Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, trad. de J. Gómez Mendoza, Alianza, Madrid, 1980⁵, p. 144.

está, no tiene por qué ser exclusiva: en un buen autor –sea literato, filósofo, historiador, o se mueva en cualquier otro campo– siempre podemos encontrar material genético de muchos padres y muchas madres.

En el prefacio a su edición de Gibbon, Guizot expuso que pasó por tres etapas sucesivas de apreciación de la obra mientras desarrollaba su tarea crítica. Una “primera lectura rápida” le dejó sentir “el interés de una narración siempre animada, pese a su extensión; siempre clara, a pesar de la variedad de objetos que hace pasar ante nuestros ojos”. Después sometió a “un examen minucioso los detalles que la componen” y su opinión, según nos dice, se hizo “singularmente severa”. Encontró “en ciertos capítulos errores” que le parecieron “tan importantes y tan multiplicados” como para hacerle “creer que habían sido escritos con una extrema negligencia”. En otros apreció “un tinte general de parcialidad y de prevención que daba a lo expuesto” una “falta de verdad y de justicia” que lo incomodó: “algunas citas truncadas, algunos pasajes omitidos”, involuntariamente o no, le llevaron a dudar de la “buena fe del autor”, de manera que esa “violación de la primera ley de la Historia, engrosada” por “la atención prolongada” con la que él, como editor, se ocupaba “de cada frase, de cada nota, de cada reflexión”, lo indujeron a tener “un juicio mucho más riguroso” del conjunto del texto.

Sin embargo, y tras terminar su trabajo, “una nueva lectura atenta y seguida de la obra entera, de las notas del autor” y de las que él mismo había adjuntado como aparato crítico, le hizo concluir que había “exagerado la importancia de los reproches que merecía Gibbon”. Guizot admite –y eso le honra– que también él “había estado golpeado por los mismos errores, la misma parcialidad sobre ciertos sujetos”, y “había estado lejos” de ser justo con Gibbon, con lo que cabía rendirse

a la inmensidad de sus investigaciones, a la variedad de sus conocimientos, a la extensión de sus luces, y sobre todo a esa justicia verdaderamente filosófica de su espíritu, que juzga el pasado como juzgaría el presente, sin dejarse ofuscar por las nubes que el tiempo amasa alrededor de los muertos, y que a menudo nos impiden ver que tanto bajo la toga como bajo el hábito moderno, en el senado como en nuestros consejos, los hombres eran lo que son aún, y que los acontecimientos pasaban hace dieciocho siglos como pasan en nuestros días. Entones yo sentí que Gibbon, a pesar de sus debilidades, era en verdad un hábil historiador; que su libro, a pesar de sus defectos, sería siempre una bella obra, y que se podían señalar sus errores y combatir sus prevenciones, sin dejar de decir que pocos hombres han reunido, si no a tan alto grado, al menos de una manera tan completa y bien ordenada, las cualidades necesarias a quien quiere escribir la Historia³⁷.

³⁷ Vol. 1, pp. XIII-XV de la edición francesa de 1812.

Años después, Guizot reconocería en sendos escritos dos deudas importantes que tenía con Gibbon. O, por decirlo de otra manera, dos consecuencias directas que el hecho de haber editado a Gibbon tuvieron en su vida. La primera es que el resultado de esa tarea atrajo la atención “de hombres serios” que le facilitaron el acceso a la docencia universitaria, en particular gracias a la “benevolencia del todo espontánea” mostrada por el *gran maître* de la Universidad imperial, Louis de Fontanes³⁸.

La segunda, que sus convicciones religiosas, bastante debilitadas por su inmersión, de la mano de Pauline de Meulan, en unos ambientes intelectuales parisinos aún imbuidos de racionalismo y repletos de descreídos, hallaron un cierto estímulo para ser retomadas. Aunque esa recuperación tardaría bastante tiempo en completarse. “Después de haber estudiado de cerca”, escribió Guizot casi sesenta años después de los hechos que relata, “los orígenes y los primeros siglos del cristianismo” para corregir a Gibbon, “quedé golpeado no solo por la grandeza moral y social del acontecimiento, sino por la imposibilidad de explicarlo por causas y fuerzas puramente humanas”. Pese a ello, continúa, “no diría que este primer estudio religioso me devolvió a la fe cristiana; pero me dejó lleno de embarazo y de escrúpulos en mi racionalismo filosófico”. Es decir, con ello “entreví el carácter divino del cristianismo, y su historia se me apareció como una fuerte prueba de su sublime origen y de su verdad”³⁹.

Pero no son esas cuestiones las que nos interesan aquí, sino otro tipo de deudas. Antonio Coco ya señaló que “el gravoso trabajo de investigación erudita” que Guizot realizó para editar a Gibbon se acompañó de “la satisfacción creciente de haber encontrado un modelo auténtico de historiografía que le generó inmediatamente una sensación extraordinaria de admiración y respeto”⁴⁰. Se impone escarbar, pues, en el poso metodológico y temático que quedó en Guizot de Gibbon, y en la relación entre la “historia de la civilización” del primero, tal como se concretó en su obra más famosa, y algunos contenidos del historiador inglés que se hallan en sus raíces.

4. De herencias metodológicas y temáticas

Arnaldo Momigliano escribió que “debemos a Gibbon que el problema de la relación entre el cristianismo y la evolución política y social de Europa se hay afianzado en la historiografía europea”. Gibbon, continúa el historiador

³⁸ F. Guizot, *Mémoires pour servir l'histoire de mon temps*, Michel Lévy frères, París, 1858, t. I, pp. 14-15.

³⁹ F. Guizot, ‘Le christianisme et le spiritualisme’, *Revue des deux mondes* XXXIXe année, seconde période, tome quatre-vingt-troisième (1869), p. 30.

⁴⁰ A. Coco, *François Guizot*, p. 38.

italiano, “siguió a Voltaire en suprimir con audacia cualquier barrera entre la historia sagrada y la profana”. Y “esta era una cosa del todo nueva”. En efecto, hasta ese momento no se había empezado a estudiar la relación entre la historia política y la historia religiosa de Europa. Es más, como destacaba Momigliano, la historiografía del siglo XIX estuvo “gobernada por profesores alemanes que vivían y trabajaban en universidades en que la historia eclesiástica era enseñada en la facultad de teología y la historia política en la facultad de filosofía”. A los historiadores del XIX que cabe considerar herederos de Voltaire y Gibbon, ya que se sustrajeron a los efectos de esa separación, había que buscarlos, según él, “fuera de Alemania, o mejor, fuera de los círculos académicos en que prevalecían los métodos alemanes”. Guizot figura, claro está, (con Constant, Bartolomeo Malfatti, Lecky, Milman y lord Acton) en la nómina de estos herederos que elaboró Momigliano⁴¹.

El hecho de combinar la historia profana y la historia religiosa está en la base de la amplitud temática que la obra de Gibbon contiene y que caracteriza asimismo la de Guizot. Sus miradas abarcan el gobierno y las instituciones tanto como la cultura y las costumbres. Regina Pozzi, hablando de Guizot, le atribuyó “un programa historiográfico de gran amplitud y audacia, que parece anunciar nuestra concepción de la historia total”⁴². Adoptando las necesarias prevenciones, no iríamos desencaminados si aplicáramos tal frase a Gibbon. Y es que, además, las historias de ambos no son un simple encadenamiento de hechos aislados que es posible investigar sin referirse unos a otros, a la manera de los posteriores positivistas. Sus preocupaciones hurgan en otras alturas, menos prosaicas, en que los hechos se concatenan mediante sólidos razonamientos que penetran en el campo tradicional de los filósofos. ¿Historias filosóficas? Sin duda. ¿Filosofías de la historia? Más en el caso del historiador francés que en el del inglés.

Otro legado de Gibbon a Guizot fue la ambición temporal. O, por decirlo con Marco Alviz, “su temprana percepción de *la longue durée* –en términos braudelianos– de la perspectiva histórica”⁴³. Uno y otro recorrieron milenio y pico de historia sin despeñarse. El primero, desde la época de los Antoninos hasta la caída de Constantinopla. El segundo, desde los estertores del Imperio de Occidente hasta su propio tiempo. Buena parte de la historiografía ilustrada, y buena parte de la romántica y posromántica, no estuvieron aquejadas de ese mal que afecta demasiado a la historia que se escribe en nuestros días y que los profesores Guldi y Armitage han llamado “cortoplacismo”, esto es,

⁴¹ A. Momigliano, *Sui fondamenti della storia antica*, Einaudi, Turín, 1984, pp. 309-310.

⁴² R. Pozzi, ‘Guizot o dell’Europa una e molteplice’, *Cromohs* 15 (2010), en www.cromohs.unifi.it/15_2010/pozzi_guizot.html, p.2.

⁴³ M. Alviz Fernández, ‘De Gibbon a Riegl. Una nota sobre los precedentes historiográficos del “descubrimiento” de la Antigüedad Tardía’, *Espacio, tiempo y forma*, Serie II, Historia Antigua, 30 (2017), p. 16. Este autor se refiere en esa frase solo a Gibbon. Los guiones en el original.

el desinterés por los grandes arcos temporales⁴⁴. Voltaire, Condorcet, Hume o Masdeu escribieron libros que pueden ser buenos ejemplos de cómo los ilustrados no temían enfrentarse al desfile de los siglos. Michelet, Lafuente, Cesare Cantù, y tantos otros, de cómo los autores decimonónicos tampoco. Pero Gibbon y Guizot se distinguieron por el hecho de construir sus narraciones alrededor de una idea-fuerza –la de declinación en el primero, la de civilización en el segundo– que se mantenía invariable entre digresiones y que no era la de nación.

Podríamos pensar que Guizot debe su ambición temporal y narrativa a otros autores que no son Gibbon. Algunos historiadores franceses han remarcado la línea que une a Guizot con Voltaire⁴⁵, y hay razones suficientes para no desdeñarla. Regina Pozzi ha señalado con acierto que la *Historia de la civilización en Europa* “recoge el legado del siglo anterior”, esto es, “de Montesquieu a Voltaire, de Ferguson a Robertson”⁴⁶. Sin embargo, no es nuestro trabajo dibujar un árbol genealógico. Lo que nos interesa es anotar que cuando uno lee a Gibbon y a Guizot no deja de percibir que sus obras presentan un aire de familia. Y que, insistimos, la manera en que el historiador francés aprendió su oficio fue editando a Gibbon. ¿No se debió generar durante ese proceso de aprendizaje una profundidad en la lectura mayor de la dedicada a Voltaire y compañía, por lo que el mayor peso como antecedente de Guizot hay que atribuirlo al autor inglés? Cualquiera que haya escrito una reseña de la obra de otro sabe de sobra el cuidado con que lee el objeto de su comentario. ¿Qué hemos de pensar cuando no estamos ante una simple reseña, sino ante una edición crítica completa?

Del mismo modo, es fácil encontrar en Gibbon indicios del influjo de este sobre la opción de Guizot por considerar Europa, en su conjunto, como su ámbito espacial de estudio. El autor inglés no excluyó el mundo extraeuropeo de su atención, es cierto. Alviz ha podido escribir que “ajeno a las rigurosas barreras metodológicas y disciplinarias” que se impondrían en la historia decimonónica, “se vio libre de traspasar *limes* no solo temporales, sino también espaciales”. Así, “lo vemos describir desde la Dinamarca pagana hasta la China imperial o la expansión del Islam”⁴⁷. Pero no excluir lo que está más allá de Europa no implica que la historia gibboniana no fuera tan eurocéntrica como cualquiera otra de la época. El lector entiende que es en el declive del mundo romano donde hay que buscar la raíz de la Europa moderna (que es lo que hará de manera declarada Guizot), una

⁴⁴ J. Guldi y D. Armitage, *Manifiesto por la historia*, trad. de M. A. Galmarini, Alianza, Madrid, 2016.

⁴⁵ Por ejemplo, G. Lefebvre, *El nacimiento de la historiografía moderna*, p. 183; G. Bourdè y H. Martin, *Las escuelas históricas*, trad. de R. Lajo y V. Frigola, Akal, Madrid, 1992, p. 102.

⁴⁶ R. Pozzi, ‘Guizot o dell’Europa una e molteplice’, p. 2.

⁴⁷ M. Alviz, ‘De Gibbon a Riegl’, p. 18.

Europa que es concebida, sin embargo, y esto es lo importante, como algo más que la suma de sus partes. En un fragmento del capítulo III de *Decline and Fall* ya podemos leer, por ejemplo, una reflexión sobre la Europa de su época que incorpora esa idea y que, además, es un alegato a favor de la existencia de diversos estados:

La division de Europa en crecido número de estados independientes, aunque enlazados con la semejanza jeneral de relijion, idioma y costumbres, produce sumo beneficio para la libertad de sus moradores. Un tirano moderno que prescindiese de sus propios reparos ó de los de su pueblo tropezaria luego con el freno del ejemplo de sus iguales, la zozobra de censuras inmediatas, las advertencias de sus aliados, y el temor de sus enemigos. El objeto de su desagrado, traspasando los cercanos linderos de sus dominios, hallaria á la mano, en suelo mas venturoso, refugio seguro, caudal correspondiente á sus prendas, ensanche para sus alegatos y quizás medios de venganza⁴⁸.

Y en las ‘Observaciones generales sobre la caída del Imperio romano de Occidente’ que cierran el capítulo XXXVIII, se contiene este otro párrafo significativo que, además, demuestra muy bien la fidelidad de Gibbon a la concepción de la *historia magistra vitae* mencionada más arriba⁴⁹:

Aquella revolucion extraordinaria [Gibbon se refiere a las medidas a favor del cristianismo de Constantino] tiene su cabida provechosa en la instruccion del siglo presente. Todo patriota tiene que anteponer y ensalzar esclusivamente los intereses y la gloria de su patria; mas corresponde á un filósofo el ensanchar sus miras y conceptuar la Europa á fuer de una gran república, cuyos varios moradores han venido á encumbrarse al mismo nivel de instruccion y de cultura. Seguirá el equilibrio del poder con sus vicisitudes, y alternativamente sobrepujará la prosperidad en nuestro reino ú en alguno de los inmediatos; mas tales acontecimientos parciales no alcanzarán á dañar esencialmente al estado jeneral de bienandanza, al sistema de artes, leyes y costumbres con que tanto descuellan en el orbe los Europeos y sus colonias. Las naciones montaraces del globo son enemigas comunes de la sociedad civil; y podemos inquirir ansiosamente si está todavía amagando á la Europa una repeticion de aquellas desventuras que aniquilaron las armas é instituciones de Roma. Quizás las mismas reflexiones ilustrarán la ruina de aquel imperio poderoso, y esplicarán las causas probables de nuestra seguridad presente⁵⁰.

⁴⁸ Vol. 1, p. 101.

⁴⁹ Precisamente de este párrafo entresacamos la frase antes aducida para ilustrar cómo la escritura de la historia de Gibbon sí que estaba afectada por los problemas de su tiempo.

⁵⁰ Vol. 4, p. 404.

Si uno lee, a continuación, algunos de los párrafos que abren la lección inicial de la *Historia de la civilización en Europa*, de Guizot, no puede menos que sorprenderse de la manera en que este, pese a un galocentrismo del que no podemos ahora ocuparnos, sigue por completo fiel a esa idea de Europa como algo más que la suma de sus partes:

Hablo de la civilización europea: es evidente que hay una civilización europea; que una cierta unidad resplandece en la civilización de los diversos Estados de Europa; que, a pesar de la gran diversidad de tiempos, lugares, circunstancias, dondequiera que esta civilización deriva de hechos casi semejantes, se enlaza a los mismos principios y tiende a producir casi en todos sitios resultados análogos. Hay, pues, una civilización europea; y de su conjunto quiero hablarlos. Por otra parte, es evidente que esta civilización no puede buscarse, que su historia no puede ser extraída de la historia de uno solo de los Estados europeos. Si posee una unidad, su variedad no es menos prodigiosa; no se ha desarrollado toda entera en ningún país especial. Sus rasgos fisionómicos están esparcidos: hay que buscar tan pronto en Francia como en Inglaterra, tan pronto en Alemania como en Italia o España, los elementos de su historia⁵¹.

5. La civilización del Imperio romano y la civilización en Europa

Llegamos con ello a otros dos importantes legados de Gibbon a Guizot, que son los últimos que hemos de abordar aquí y que están interconectados. Uno consiste, nada menos que en la palabra “civilización”. El otro, en el hecho de que Gibbon proporcionó el arranque del desarrollo histórico de Europa que el autor francés expuso.

En 1808 un jovencísimo Guizot presentó a un premio de la Academia un trabajo en el que elogiaba a Corneille. En el manuscrito conservado, y que exhumó Stéphane Zékian, no aparece por ningún lado el sustantivo civilización. Cinco años después, en 1813, el ya catedrático de la Facultad de Letras publicó la *Vie des poètes français du siècle de Louis XIV*, y en ese libro la noción de civilización ya “informa en profundidad las reflexiones” del autor: “ha identificado” sostiene Zékian, “el vector que estructurará en el porvenir su pensamiento sobre la historia y su acción de hombre de Estado”⁵². En medio de estas dos fechas, obviamente, se situó su trabajo de edición de Gibbon. Pese a que en aquellos años el vocablo ya no era una rareza, parece lógico concluir que Guizot debe al autor inglés más que a nadie una palabra que desde entonces se convirtió en esencial en su léxico profesional.

⁵¹ F. Guizot, *Historia de la civilización en Europa*, p. 19.

⁵² S. Zékian, ‘L’atelier d’une pensée. L’historiographie littéraire du jeune Guizot’, en *François Guizot (1787-1874). Passé-Présent*, ed. de R. Chamboredon, L’Harmattan, París, 2010, pp. 163-175, p. 170.

La palabra más que el concepto, cabe advertir. Porque de la misma forma que es plausible la filiación en cuanto a la procedencia del término, hay que señalar que el significado de “civilización” en Gibbon difiere del que le adjudicó Guizot. Casi medio siglo no pasa en vano. Para el primero, lo civilizado es lo opuesto a lo bárbaro. Escribe sobre el declive del Imperio Romano –civilizado– de una manera que hace que muchos lectores –y citadores– lean su libro como una narración del declive de la civilización romana. Y esa lectura no va desencaminada, es hasta cierto punto legítima. Pero es importante asimismo no olvidar que él no utilizó ese sustantivo en el título del libro, aunque sí que figura –igual que el adjetivo “civilizado” y sus formas femenina y en plural– en el texto. De hecho, la frase que abre el primer volumen es paradigmática: “En el segundo siglo de la era cristiana, abarcaba el Imperio de Roma la parte mas florida de la tierra y la porcion mas civilizada del linaje humano”⁵³. Sin embargo, esa aparición precoz de *civilized* no ha de engañarnos. *Civilization* no llega a ser palabra frecuente en el libro y es la declinación y caída del *Empire* el objeto del trabajo de Gibbon. Para Guizot, por el contrario, ese objeto es la civilización en sí misma, en Europa en su curso de 1828, en Francia en el de 1829, de manera que el término deja de ser un recurso léxico al servicio de una historia que no se construye a su alrededor, para pasar a convertirse en el mismo centro del discurso.

Cuando Gibbon comenzó a escribir su voluminoso libro, civilización era una palabra casi recién nacida. Lucien Febvre, Émile Benveniste y Jean Starobinski trazaron magistralmente la génesis y eclosión del sustantivo en la segunda mitad del siglo XVIII. Más allá de un antecedente efímero en el ámbito jurídico, su irrupción en francés se remonta a 1757, cuando la usó Mirabeau, y en inglés a 1767, adoptada por Ferguson⁵⁴. Su expansión alcanzará lo que restaba de siglo. No hay que sorprenderse, pues, de que no tropecemos con ella en cada página de Gibbon. La idea-fuerza que sostiene la narración, ya se dijo, es la de declinación. En la época de los Antoninos los romanos habrían gozado de unos tiempos prósperos y felices, con emperadores sabios, instituciones sólidas, sanas costumbres –sin fanatismo– y coherencia social. Podríamos decir que esa especie de edad de oro es el cenit de la civilización romana, entendida como el estado en que una sociedad está más alejada de la barbarie, un “estado de civilización” imaginado como un ideal, sobre todo moral, que se ya habría existido allá en el siglo II. Desde ese momento se produce el declive, de manera que Gibbon parece plantearnos una concepción cíclica de la historia, con un organismo, el Imperio romano, que declina y cae. Y, eso, en efecto, está en la obra. Pero Gibbon es un ecléctico en este terreno, y hay que leer “declinación” como una metáfora que convive con una subyacente idea de progreso. Porque

⁵³ Vól. 1, p. 19.

⁵⁴ Véase al respecto J. J. Adrià, ‘La civilización doctrinaria... (primera parte)’, p. 96.

en la narración del historiador inglés el progreso humano que lleva hasta su propio tiempo se hace también presente⁵⁵. Para advertirlo basta leer los párrafos finales del capítulo XXXVIII. Por una parte, una irrupción de nuevos bárbaros que aspire a someter la civilizada Europa no es, según él, fácilmente concebible, puesto que “para vencer” esos bárbaros tendrían “que dejar de serlo”. Sus avances “en la ciencia militar no pueden menos de llevar consigo, como lo estamos viendo en Rusia, mejoras proporcionadas a las artes de la paz y de la política civil; y entonces ya se hacen acreedores á su colocacion entre las naciones cultas que van sojuzgando”. Por la otra, acaba animando a “aunarnos en la conclusion halagüeña de que todos los siglos engrandecieron y están siempre engrandeciendo la riqueza efectiva, el bienestar, los conocimientos, y quizás las virtudes del linaje humano”⁵⁶.

Para Guizot la civilización es un “hecho”. Pero un “hecho general” muy difícil “de describir y contar, pero que no por eso existe menos”⁵⁷, y eso implica que se trata de algo empírico y, por tanto, historiable. No un ideal imaginado, sino lo que José Carlos Bermejo llamó “un hecho totalizador” –como es asimismo “nación”– que “tendría la capacidad de conformar y estructurar a todos los restantes hechos”⁵⁸. Un hecho que Guizot vincula estrechamente a la idea de progreso. Es de algún modo un estado que se asienta sobre la justicia, la legalidad, la publicidad y la libertad, y que ha alcanzado cotas apreciables en Europa en el momento en que Guizot vive, en particular en Francia. Pero ese estado es el punto provisional de llegada de un progreso, el de la misma civilización, que acontece en el tiempo como desarrollo intelectual y desarrollo social que han de avanzar de manera simultánea. Toda la primera lección del curso de 1828 la dedicó Guizot a aclarar su concepto de civilización, aunque, para él, civilización era una palabra de significado tan evidente que no requería explicación⁵⁹. Hay que decir que lo que expone al respecto no constituye el ejemplo más excelso de su prosa. Su discurso se desliza a menudo hacia fórmulas algo vagas. Lo relevante es, por un lado, que en el trasfondo se encierra un mensaje político: el progreso de la civilización no debe ser interrumpido; Carlos X y los ultras, entonces en el poder, no están en el lado correcto de la historia. Y, por el otro, que al leer esas páginas percibimos pobremente los ecos de Gibbon.

Por ello, y más allá de haber encontrado en el historiador inglés la palabra que organizó su pensamiento histórico, la mayor deuda de Guizot con aquél consiste, a mi parecer, en que halló en *Decline and Fall* el punto de

⁵⁵ F. Furet, ‘Civilization and Barbarism in Gibbon’s History’, pp. 209-210; J. Le Goff, *El orden de la memoria*, trad. de H. F. Bauzá, Paidós, Barcelona, 1991, pp. 103.

⁵⁶ Vol. 4, pp. 406-407.

⁵⁷ F. Guizot, *Historia de la civilización en Europa*, p. 23.

⁵⁸ J. C. Bermejo Barrera, *El final de la historia*, Akal, Madrid, 1987, p. 159.

⁵⁹ Véase al respecto J. J. Adrià, ‘La civilización doctrinaria... (primera parte)’, pp. 94-98; J. R. Goberna Falque, *Civilización. Historia de una idea*, Universidad de Compostela, 1999, pp. 53-61.

partida para su aventura intelectual, es decir, un inicio para el despliegue del progreso de la civilización en Europa que él construye en su curso. Aunque sea realizando cierta inversión. Gibbon explicó la ruina del Imperio Romano de Occidente como una combinación entre la pérdida de virtud interna del mundo romano, proceso en que la propagación del cristianismo asumiría un notorio protagonismo, y las famosas incursiones de los pueblos de allende el *limes*, que serían de algún modo la causa final operativa. Así, conjuntando de manera pionera la historia romana y la historia religiosa consiguió, por decirlo con Furet, trazar la transición entre la Roma de los emperadores y la Roma de los papas⁶⁰. A Guizot, sin embargo, como ha escrito Darío Roldán, no lo perseguían “las sombras de la antigüedad”, que fueron abstraídas en su relato. Puso el lugar de salida de su recorrido histórico justamente en esa transición y consideró que los tres pilares sobre los que se asentó la civilización europea fueron precisamente esas tres raíces: lo que perduró de las instituciones romanas tras la desaparición del Imperio en Occidente, la presencia del cristianismo y la aportación germánica. Y aquí está la inversión: lo que Gibbon explicó recurriendo a la metáfora de declinación, de decadencia, Guizot lo interpretó como una *transformación* del mundo romano sobre la que se fundamentó el futuro de Europa, como una “fractura histórica”. La “cesura conceptual”, al decir de Roldán, es clara: “Europa es un compuesto histórico cuyas claves históricas deben ser descubiertas en el magma constituido por los restos de las instituciones romanas, la esperanza cristiana y el individualismo germánico”⁶¹. El cristianismo y la irrupción de los pueblos germánicos, reiteramos, no operan en la historia guizotiana como agentes que agrietan y derriban un imperio, sino como los puntales que, junto a lo que sobrevive del genuino mundo romano, sustentan la civilización europea posterior.

Hace unos años escribí en el primer artículo que dediqué a Guizot que “sin Guizot –y sin Thierry– no hay Marx”⁶². Creo que he de cerrar este afirmando que sin Gibbon –y sin Voltaire– no hay Guizot.

⁶⁰ F. Furet, ‘Civilization and Barbarism in Gibbon’s History’, p. 215.

⁶¹ Los entrecomillados proceden de D. Roldán, ‘Antiguos y bárbaros. Política e historia’, *Estudios Sociales* 58 (2020), p. 161.

⁶² J. J. Adrià, ‘La civilización doctrinaria... (primera parte)’, p. 103.

Bibliografía:

- J. J. Adrià i Montolío, 'La civilización doctrinaria: Guizot y la historia europea (primera parte)', *La Torre del Virrey. Revista de Estudios Culturales* 16 (2014), pp. 87-109.
- 'La civilización doctrinaria: Guizot y la historia europea (segunda parte: su influjo en la España isabelina)', *La Torre del Virrey. Revista de Estudios Culturales* 18 (2015), <https://revista.latorredelvirrey.es/LTV/article/view/311> [consulta, 15/01/2016].
- M. Alviz Fernández, 'De Gibbon a Riegl. Una nota sobre los precedentes historiográficos del 'descubrimiento' de la Antigüedad Tardía', *Espacio, tiempo y forma*, Serie II, Historia Antigua 30 (2017), pp. 13-29.
- J. C. Bermejo Barrera, *El final de la historia*, Akal, Madrid, 1987.
- J. L. Borges, Prólogo a E. Gibbon, *Páginas de historia y autobiografía*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1961, en <http://www.saltana.org/1/tst/55.html#YdGcBFmCG3B> [consulta, 22/12/2021].
- G. Bourdè y H. Martin, *Las escuelas históricas*, trad. de R. Lajo y V. Frígola, Akal, Madrid, 1992.
- F. Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, trad. de J. Gómez Mendoza, Alianza, Madrid, 1980⁵.
- G. de Broglie, *Guizot*, Perrin, París, 1990.
- A. Burgess, 'Gibbon y los hunos', *Historias. Revista de la Dirección de Estudios Históricos* 20 (1988), pp. 3-9.
- M. Carbajosa Aguilera, 'La libertad según Guizot', *Historia Constitucional* 21 (2020), pp. 555-573, en <http://www.historiaconstitucional.com> [consulta 25/06/2021].
- E. H. Carr, *¿Qué es la historia?*, trad. de J. Romero Maura, Seix-Barral, Barcelona, 1978⁸.
- A. Coco, *François Guizot*, GuidaEditori, Nápoles, 1983.
- J. A. Delgado Delgado, 'Leer a Gibbon. El texto de *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*', *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie II, Historia Antigua 25 (2012), pp. 463-489.
- E. Fueter, *Historia de la historiografía moderna*, trad. de A. M. Ripullone, Nova, Buenos Aires, 1953.
- F. Furet, 'Civilization and Barbarism in Gibbon's History', *Daedalus* 105, 3 (1976), pp. 209-216.
- P. Gay, *Style in History*, McGraw-Hill, Nueva York, 1976.
- E. Gibbon, *Histoire de la décadence et de la chute de l'Empire romain*, chez Maradan, libraire, París, 1812, 13 tomos.
- , *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano*, trad. de J. Mor de Fuentes, Antonio y Oliveres, Juan, Barcelona, 1842-1847, 8 tomos.

- , *Memorias de mi vida*, ed. de A. Lastra, Cátedra, Madrid, 2022.
- , *Ensayo sobre el estudio de la literatura*, ed. de A. Lastra, Ediciones del subsuelo, Barcelona, 2022.
- J. R. Goberna Falque, *Civilización. Historia de una idea*, Universidad, Santiago de Compostela, 1999.
- F. Guizot, (1828), *Histoire générale de la civilisation en Europe depuis la chute de l'Empire romain jusqu'à la Révolution française*, Pichon et Didier editeurs, París, 1828.
- , (1858), *Mémoires pour servir l'histoire de mon temps*, Michel Lévy frères, París, 1858, vol. I.
- , 'Le christianisme et le spiritualisme', en *Revue des deux mondes*, XXXIXe année, seconde période, tome quatre-vingt-troisième (1869), pp. 5-34.
- , *Historia de la civilización en Europa*, trad. de F. Vela, Alianza, Madrid, 1972³.
- J. Guldi, y D.Armitage, *Manifiesto por la historia*, trad. de M. A. Galmarini, Alianza, Madrid, 2016.
- G. Lefebvre, *El nacimiento de la historiografía moderna*, trad. de A. Méndez, Martínez Roca, Barcelona, 1974.
- J. Le Goff, *El orden de la memoria*, trad. de H. F. Bauzá, Paidós, Barcelona, 1991.
- K. Marx y F. Engels, *Manifiesto comunista*, El Viejo Topo, Barcelona, 2005⁵.
- M. Menéndez Pelayo, *Historia de las ideas estéticas*, Tomo IX (Siglo XIX), Tipografía de La Revista de Archivos, Madrid, 1912².
- , *Ensayos de crítica filosófica*, Librería general de Victoriano Suárez, Madrid, 1918.
- A. Momigliano, *Sui fundamenti della storia antica*, Einaudi, Turín, 1984.
- J. Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1976.
- E. Pardo Bazán, *La literatura francesa moderna. I El romanticismo*, V. Prieto y compañía, Madrid, 1911².
- J. G. A. Pocock, *Barbarism and Religion. Volume One. The Enlightenments of Edward Gibbon, 1737-1764*, Cambridge University Press, 2004.
- , *Pensamiento político e historia*, trad. de S. Chaparro Martínez, Akal, Madrid, 2011.
- K. Pomian, *Sobre la historia*, trad. de M. Martínez Solimán, Cátedra, Madrid, 2007.
- C.-H. Pouthas, *La jeunesse de Guizot (1787-1814)*, Libraire Félix Alcan, París, 1936.
- , *Guizot pendant la Restauration*, Plon, París, 1923.
- R. Pozzi, 'Guizot o dell'Europa una e molteplice', *Cromohs* 15 (2010), en www.cromohs.unifi.it/15_2010/pozzi_guizot.html [consulta 26/11/2021].

-
- P. Pron, ‘Las situaciones (III): *Decadencia y caída del Imperio Romano*, de Edward Gibbon’, *El malpensante* 216 (2020) en <https://elmalpensante.com/edicion/216> [consulta 1/01/2022].
- D. Roldán, ‘Antiguos y bárbaros. Política e historia’, *Estudios Sociales* 58 (2020).
- P. Rosanvallon, ‘Le Gramsci de la bourgeoisie’, en F. Guizot, *Histoire de la civilisation en Europe*, Hachette París, 1985.
- , *El momento Guizot*, trad. de H. M. Díaz, Biblos, Buenos Aires, 2015.
- C. Samaran, *L’Histoire et ses méthodes*, Gallimard, París, 1961.
- L. Theis, ‘François Guizot et ses éditeurs’, *Bulletin de la Société de l’Histoire du Protestantisme Français* 159 (2013).
- , *François Guizot*, Perrin, París, 2019.
- H. White, *Metahistoria*, trad. de S. Mastrangelo, México, FCE, 1992.
- S. Zékian, ‘L’atelier d’une pensée. L’historiographie littéraire du jeune Guizot’, *François Guizot (1787-1874). Passé-Présent*, ed. de R. Chamboredon, L’Harmattan, París, 2010.

